

toda la documentación aportada sobre los catecismos de Yeregui y Villanueva, con sus críticas al tradicional catecismo del padre Ripalda lo mismo que las objeciones que pone el agustino padre Centeno a este catecismo, al que considera herético en algunos pasajes.

Ahora nos parece un poco anacrónica toda esta discusión un poco bizantina, pero entiendo que es muy importante recordarla con claridad, porque estos críticos de nuestros catecismos de Astete y Ripalda descubren la mala orientación y la inexactitud religiosa de estos libritos que tanta influencia —y tan pernicioso— han tenido en las mentes españolas.

Una de las críticas más certeras que hace el padre Centeno de estos libritos de enseñanza religiosa tradicional es el decir que las obras de caridad no son obligatorias, cuando Jesús enseñó todo lo contrario, y hoy vemos que el amor es la enseñanza del catolicismo o debe serlo.

También la autora de este libro histórico descubre el acercamiento en algunas doctrinas religiosas de nuestros clásicos al luteranismo, como, por ejemplo, Fray Diego de Estella y San Juan de Avila, que acepta la teoría del «beneficio de Jesucristo», de un pensador español influido por el protestantismo y autor literario clásico, como es nuestro Juan de Valdés.

El «erasmismo» fue probablemente el germen de todas estas posturas del siglo XVIII y principios del siglo XIX, y no hay que olvidar lo difundido que estuvo en los ámbitos culturales del país en el siglo XVI.

Únicamente me sorprende que la autora no utilice los trabajos de Arteché sobre el «abbé» de Saint-Cyrán, descubriendo la influencia en los jesuitas vascos de las ideas de este jansenista francés.

Estos libros de investigación terminan por

descubrir —cosa muy importante— la complejidad de nuestra historia religiosa española, que ha sido simplificada abusivamente en los manuales corrientes. ■
E. MIRET MAGDALENA.

EL «PLAGIO» DE STENDHAL

En el artículo de Consuelo Berges, "También plagio Stendhal", publicado en el número anterior faltaba la cita a pie de página en la que la autora agradecía a María Martos de Baeza el que le hubiera prestado para el trabajo el libro de Bombet cuya portada reproducimos, ejemplar de la primera edición Champion, verdadera joya bibliográfica y bibliofílica. Por otra parte, la autora no llamaba a los descubridores de plagios importantes literarios sino impotentes literatuelos.

ARTE

Me felicito de haber podido ir a Pamplona últimamente. Ello me dio la oportunidad de, entre otras cosas, haber podido ver en su Sala de Cultura, de la Caja de Ahorros de Navarra, la exposición que le han hecho al arquitecto Antonio Fernández Alba. Eso, la exposición de la obra de un arquitecto actual, es muy difícil verlo en Madrid, y es evidentemente posible en Pamplona. ¿Por qué? Porque en Madrid, las salas más o menos oficiales se ocupan más bien de una temática

más asentada que la de un arquitecto en ejercicio. Porque las salas particulares, lógicamente, están entregadas a exposiciones de esculturas o pinturas por razones obvias. Lo de Pamplona es posible porque esa institución —la Sala de Cultura— es eminentemente cultural, como su nombre indica. Y la idea de la exposición de un arquitecto —no necesariamente la de un pintor ni escultor— se debe a la feliz conjunción de su equipo gestor, constituido inteligentemente por el pintor Javier Morrás y por el arquitecto Pachi Biurrun.

La exposición de Fernández Alba

Antonio Fernández Alba es, probablemente, mucho más conocido que como arquitecto propiamente dicho, como publicista de la arquitectura: como crítico, como articulista habitual de esa temática en revistas especializadas y también en TRIUNFO. Su condición de profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid es, en cierto modo, una actividad complementaria de esa otra de difusor.

Los profesionales de esa dedicación, algunos artistas y, por supuesto, sus discípulos de la Escuela, saben que Antonio Fernández Alba es un arquitecto con un estilo personal muy definido. ¿Cómo es Antonio Fernández Alba en tanto que profesional de la arquitectura? Es, igual que en su labor crítica y docente, un hombre de una estricta moral, de una gran modestia y entregado a una servidumbre, a las exigencias de su oficio.

Yo, que casi siempre rehúyo escribir sobre temas de arquitectura porque considero que hay una dimensión técnica en la que, evidente-



mente, no puedo entrar, he dicho ahí, sin embargo, que Antonio Fernández Alba tiene un estilo personal muy definido. Esas palabras me comprometen. Debo justificarlas.

Diré, en principio, lo que en tono coloquial y personal digo siempre que hablo de la arquitectura de Antonio: es «caliente». ¿Caliente? ¿Qué quiero decir con ello? Quiero decir que tiene una cordialidad, una especie de sugestión receptiva que casi nunca tienen las arquitecturas de este tiempo, rigurosamente atadas a una fidelidad racionalista o funcionalista. Fernández Alba hace la osadía en que consiste toda arquitectura dándole una especie de sugestión receptiva, quitándole toda esa frialdad a la que puede ser tan proclive una arquitectura eminentemente técnica.

Sabido es que uno de los dogmas más constantes de hoy es el que ésta debe estar motivada exclusivamente por su función: «La casa es una máquina para habitar».

diría en cierta ocasión Le Corbusier, uno de los genios creadores más evidentes de este siglo arquitectónico. Por supuesto, Fernández Alba no discutirá nunca, precisamente él —tan devoto del gran magisterio de los verdaderos maestros—, esa especie de apotegma de Le Corbusier, pero no construirá nunca casas como máquinas. Tampoco construirá casas como palacios. Construirá casas como casas: como hábitáculos para un ser especial llamado hombre.

Por supuesto, esto no puede ser —ni lo es, en modo alguno— una crítica de la arquitectura de nuestros días, que no ha podido alcanzar ese grado de cordialidad que tiene la de Fernández Alba. Pero lo que a mí me gustaría saber, con justificaciones profesionales más serias que las mías, es en qué consiste esa temperatura que yo le encuentro a la de Antonio. ¿Por qué?

En principio, yo le encuentro a esa arquitectura dos características muy peculiarmente suyas. Una de esas características es específica-

mente arquitectónica: Fernández Alba, más que distribuir al espacio, lo modela con un sentido unificador. Yo diría que él concibe al hueco que crea con su geometría arquitectónica, como partiendo siempre de un centro receptor inicial, y que concibe al conjunto de todos los espacios creados por un edificio, como ligándose todos ellos entre sí como por sutiles hilos de interdependencia. Incluso en la organización diédrica de su trazado es muy peculiar en él una morfología que tiende a la receptividad. Por ejemplo, se advierte eso en la utilización de la bóveda de cañón, que es una característica muy genuina de él.

La otra característica no es tan radicalmente «arquitectónica» —si se entiende sólo por «arquitectura» la modelación y la distribución del espacio; la otra característica es el empleo de materiales «calientes», y pido perdón por reincidir en una palabra que no sé bien cómo podría sustituir. Por supuesto, casi toda la arquitectura honrada de nuestro tiempo prescribe —y sigue la norma— utilizar los materiales más fácilmente disponibles. Pero muy pocos, como Fernández Alba, consiguen darle a esa utilización ese tono de cordial entendimiento que tiene el diálogo de sus materiales —ladrillo, hormigón, piedra o lo que sea— con los espacios huecos que crea.

No quiero entrar en ejemplos ahora, porque esto no es más que una breve glosa. Pero Fernández Alba, que además de constructor de casas normales ha construido grandes internados, cuando, por ejemplo, ha tenido necesidad de proyectar lugares con una gran diaphanidad, lo ha hecho, pero sin destruir el hueco creado ha sabido darle una amenidad que destruye la sensación de cosa desolada.

Toda la arquitectura consciente de nuestro tiempo ha seguido la normatividad arquitect-